

2.— La penitencia hecha en esta vida es mejor que la penitencia sufrida en el purgatorio: porque en el primer caso la gloria que se adquiere es más grande en intensidad y en extensión. En extensión, porque así se anticipa la bienaventuranza eterna; pues quien hace penitencia en la vida, no tiene que perder tiempo en el purgatorio después de su muerte, ó por lo menos perderá poco; porque ha expiado todos sus pecados ó á lo menos la mayor parte, así es que deberá en seguida, ó muy pronto entrar en posesión del eterno reino. La gloria adquirida será más grande en intensidad. El que padece en el purgatorio, satisface, pero nó merece: aunque padeciera mil años, no adquiriría ni un solo grado de gracia; y en el cielo no tendrá ni un grado más de gloria. Pero el que padece en este mundo por las penitencias voluntarias que hace, á la vez satisface y merece; y además adquiere nuevas gracias á las cuales corresponderá en el cielo un acrecentamiento proporcionado de gloria.

3.— La penitencia en esta vida es menos amarga, por muchas razones.— 1) Ordinariamente es menos forzada; además, las penas que no podemos evitar, sufriendolas en expiación de nuestras culpas, nos sirven también de purgatorio.— 2). Es menos continua; porque puede ser interrumpida por algunos entretenimientos permitidos.— 3). Es menos intensa, «porque es más doloroso purificarse por el fuego del purgatorio que por las lágrimas del arrepentimiento.»¹ — 4). Es menos larga; porque una poca penitencia hecha en esta vida, viene á ser como muchas penitencias hechas en el purgatorio. Ludolfo (*de vit. Christ. Part. I, Cap. 20*), dice que un día de penitencia vale un año de purgatorio; lo cual infiere por estas palabras: «Yo te he dado un día por un año.»² Es cierto, como enseña San Buenaventura, (in 4 dist. 2), que una pena escogida espontáneamente, satisface más á la divina justicia que una pena impuesta. Además, el

¹ Satius est fonte purgari quam igne. Guerric. Serm. 4. *de Purif.*

² Diem pro anno dedi tibi. *Ezech. IV, 6.*

purgatorio de este mundo, es muchas veces agradable, porque está dulcificado por las consolaciones celestiales. «Uno y otro son un fuego del purgatorio, pero el uno purifica animando, y el otro quemando.»¹ Añadid, que muchas veces las penitencias van acompañadas de indulgencias, y á veces, de indulgencias plenarias; estas indulgencias, en poco tiempo ayudan á pagar una gran deuda. Seguid pues el consejo que os da la Sabiduría: «Purificate de tu negligencia con poca cosa,»² y tomad la resolución de unir á la penitencia las santas indulgencias: con este fin recurrid á Jesucristo que se ha hecho vuestro Redentor, Redentor de la culpa y Redentor de la pena. Decidle:

Domine Jesu Christe, Rex gloriæ, libera animam meam de poenis inferni, et de profundo lacu: libera eam de ore leonis, ne absorbeat eam tartarus, ne cadat in obscurum. Qui vivis, et regnas, etc.

LECTURA: Imit. IV, 7.

XI. MEDITACION

Sobre la parábola del Hijo Pródigo.

SEXTO DIA.

El temor de la divina justicia, concebido en las meditaciones precedentes, debe templarse en ésta, por la esperanza en la divina misericordia; porque en efecto, sin la esperanza, el temor conduciría á la desesperación, así como la esperanza sin el temor conduciría á la presunción. A este fin servirá maravillosamente la parábola del Hijo Pródigo: más de una vez la habeis leído en el Evangelio de San Lucas y podreis volver á leerla para tenerla más presente en la memoria.

¹ Uterque ignis purgatorius, sed iste purificat urgendo, ille urendo. *Guerric.*

² De negligentia tua purga te cum paucis. *Eul, VII, 34.*

ORACIÓN PREPARATORIA.

I. *Preludio*.—Figuraos un joven extenuado, pálido, medio desnudo, y medio muerto de hambre, que vuelve después de una larga ausencia á la casa paterna. Imaginaos también, que su padre, aunque gravemente ofendido por él, sale para ir á su encuentro, lo acoge, lo abraza, manda que le pongan vestidos nuevos, é introduciéndole en la casa dispone que se haga un suntuoso festin.

II. *Preludio*.—Pedid al Señor que os dé á conocer bien la miseria de aquel que por el pecado se aleja del Padre celestial, y que experimenteis la paternal misericordia que experimenta el que contrito de sus culpas se convierte á Dios pidiendo perdón de sus pecados. Para esto os servireis de las palabras siguientes del Salmo: «Como un padre se enternece por sus hijos, Señor, tened piedad de los que os temen. ¹ » ó bien de aquellas del salmo: «Mostradnos, Señor, vuestra misericordia, ² » ó también las palabras de Isaías: ¿Dónde está la ternura de vuestras entrañas y de vuestras misericordias? Porque vos sois nuestro Padre. ³ » Estos textos servirán de oraciones jaculatorias para la mañana.

La meditación comprende tres puntos: 1.º la locura, 2.º la miseria, 3.º la fidelidad del hijo pródigo.

I

Considerad la locura del hijo pródigo, en el hecho de su partida de la casa paterna, y en el motivo de esta partida.

I.—Este joven dió pruebas de poco juicio, cuando, después de haber pedido y obtenido la parte de herencia que

¹ Quomodo misereatur pater filiorum, miserere Domine, timentibus te Ps. CII, 13.

² Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam. Ps. LXXXIV, 8.

³ Ubi est multitudo viscerum tuorum, et miserationum tuarum? Tu enim pater noster. Is. LXIII, 15, 16.

le correspondía, se marchó á países lejanos. ¡Qué petición tan local! Padre, dadme la parte de los bienes que me corresponde. ¹ » No sabía, pues, que yiviendo su padre, no tenía parte en los bienes paternos: más insensato se muestra todavía dejando la casa paterna, donde lo acariciaban, lo mantenían, y era provisto de todo lo que necesitaba, servido por los criados, considerado como futuro heredero, y casi como dueño de todo lo que poseía su padre. Figuraos el disgusto que experimenta este anciano, cuando, después del insolente modo de portarse del hijo ingrato que le pedía como cosa debida, unos bienes considerables, lo ve partir, sin despedirse siquiera de él: este hijo desnaturalizado le vuelve la espalda como para decirle que demasiado lo ha maltratado, y que sabrá encontrar un asilo mejor. ¿Y no habrá sido más grande todavía la locura del joven, y más viva la pena del padre, si entre los otros hermanos hubiera sido este hijo el más bien visto, el mejor tratado, y el más acariciado en la familia? Pues bien, este es justamente el caso en que estais: vos hijo de Dios por adopción, regenerado en las aguas del santo bautismo, nacido en la casa de Dios, en el seno de la Iglesia, su esposa, alimentado por la divina Providencia, nutrido tantas veces en la Mesa eucarística, y aun acariciado entre todos los otros hermanos, admitido al estado eclesiástico, á una particular confianza, constituido dispensador de los divinos misterios: vos, digo, habeis tenido la audacia de pedir la parte de vuestra herencia, es decir, vuestra libertad! Mas ésta pertenecía más á Dios que á vos, como pertenecían más á Dios que á vos, las potencias de vuestra alma, todos los sentidos del cuerpo, la inteligencia, la doctrina, la elocuencia, las dignidades y los bienes temporales que disfrutais. Pues qué, ¿os hacía Dios una injusticia obligándoos á serviros de estos bienes para alcanzar el fin para el cual os los dió? ¿Con qué loca arrogancia pretendéis usar de ellos según vuestros caprichos? ¿Por qué volveis la espalda á Dios

¹ Pater da mihi portionem substantiæ quæ me contingit. Luc. XV, 12.

para huir, y arrebatat estos dones tan lejos del Señor, cuanto está lejos de él toda clase de iniquidad? Reconoced vuestra locura, que es semejante á la del hijo pródigo; y avergonzaros de haber ofendido tan gravemente á un padre tan bueno como el vuestro.

2.—El motivo que llevó al hijo pródigo á pedir su parte y á dejar la casa paterna, fué escapar de la autoridad, para vivir á su antojo, para gastar y disipar los bienes á su voluntad. Todo lo perdió, en efecto, «*vivendo luxuriose*» viviendo lujuriosamente; y muy pronto no le quedó ni la más pequeña moneda para subsistir. ¿Puede imaginarse locura más grande? Apenas llegado á la adolescencia, le parecía demasiado duro estar bajo la tutela de su padre y bajo sus órdenes; y creía más agradable recorrer el mundo, según sus caprichos, cojer todas las flores, y pasar el tiempo en el juego, en el desórden y en la incontinencia. Estas eran las grandes empresas que meditaba nuestro vagabundo para la gloria de su nombre y el honor de su familia; y si reflexionais seriamente, encontrareis pintadas á lo vivo en este cuadro las locuras de vuestra juventud. También habeis encontrado demasiado penoso el estar sujeto á las leyes saludables de vuestro Padre celestial; habeis deseado obrar á vuestro antojo y vivir en libertad; habeis pensado sacar un gran provecho perdiendo á vuestro Dios; habeis empleado mal el patrimonio que os dieron, bienes del cuerpo, bienes del alma, bienes de la fortuna; tesoros que disipais tal vez en juegos, en intemperancias y en desórdenes. Ahora bien, estos vicios, quiere San Pablo verlos muy lejos de toda persona eclesiástica. «Los diáconos deben ser unos hombres púdicos, alejados de toda duplicidad, de los excesos del vino y del vicio de la avaricia.»¹ ¡Cuánta gloria habríais podido procurar á vuestro Padre celestial, usando bien de la parte que se os ha dado! ¡Cuánta gloria le procuran á esta hora otras personas de vuestra condición y de vuestro mérito, personas que co-

¹ Oportet Diaconos esse pudicos, non bilingues, non multo vino deditos, non turpe lucrum sectantes. I. Tim. III, 8.

noceis mucho en este país donde vivís? Confundíos comparándoos con ellas; avergonzaos por haber deshonrado vuestro estado con acciones indignas, y confesad que no os habeis mostrado digno de llevar el título de hijo. Tales son esos hombres de que habla Moisés. «Han pecado contra él, y llenos de inmundicia no son ya sus hijos. ¿Así, pues, correspondes al Señor, pueblo estúpido é insensato? ¿No es él tu Padre?»¹

II

Considerad todas las miserias á que se vió reducido el hijo pródigo fuera de la casa paterna. Quedó abandonado, pobre, esclavo, vil, y hambriento: tales son justamente las miserias que encuentran todos los hijos pródigos del Padre celestial.

I.—Quedó abandonado de su padre y de los criados de su padre, en un país lejano, «*in regione longinqua.*» He aquí el miserable estado de un pecador alejado de Dios. «El Señor no nos abandona si nosotros no le abandonamos los primeros.»² Este abandono de Dios, es la privación de la gracia santificante, gracia que nos hace queridos de Dios é hijos adoptivos suyos: este abandono consiste también en la privación de la gracia auxiliadora. No hay duda que debemos considerar como falsa la opinión de algunos doctores, que quieren que el pecado sea castigado por la total sustracción de los auxilios de la divina gracia; pues entonces el pecador endurecido no podría convertirse: nó; no debemos creer que Dios quiera castigar en esta vida el pecado por una pena contraria á nuestro estado de viadores; porque este estado, por su naturaleza tiende á alcanzar el fin último y sobrenatural. Y es el parecer común de los teólogos, que la divina

¹ Peccaverunt ei et non filii ejus in sordibus. Hæccine reddis Domino, popule stulte et insipientes? Numquid non ipse Pater tuus? Deut. XXXII, 5.

² Non deserit, nisi prius deseratur. Trid. Sess. VI, Cap. II,

bondad no deja nunca de ofrecer en tiempo oportuno á todo pecador por grande que sea, el auxilio suficiente para levantarle de sus caídas; sin embargo, es indudable que Dios abandona á veces al desgraciado pecador en su pecado: entonces se contenta con darle una gracia suficiente para levantarse, y le rehúsa todos los auxilios eficaces. En estas condiciones el pecador podría convertirse, pero no se convertirá, y hasta la muerte permanecerá en este abismo de culpas en donde se arrojó voluntariamente. El hijo pródigo no es verdaderamente la imagen del pecador abandonado de este modo de Dios, sino que nos representa al que pecando, se aleja de Dios, y solamente merece ser entregado á un abandono semejante. Temed el estar en un estado tan espantoso; y dad gracias á Dios porque usa para con vos de más compasión que la que el padre del hijo pródigo usó para con su hijo. En efecto, el padre del pródigo no envió á buscar á su hijo ni se ocupó de su vuelta: mas Dios os busca, y por medio de saludables inspiraciones os llama á sí.

2.—Durante su alejamiento de la casa paterna, el hijo dissipó todos sus bienes y cayó en una extrema pobreza. ¹ Hé aquí otra miseria del pecador alejado de Dios: pierde todo su capital y queda reducido á la miseria; pues todos los tesoros de los méritos recogidos en el pasado, quedan perdidos. Para conocer cuán lamentable es esta pérdida, reflexionareis en el precio de una sola obra meritoria, por pequeña que sea: un sólo vaso de agua dado á un pobre, por amor de Dios, es de tan gran valor, que ya con este don, la posesión del paraíso, y del mismo Dios, no es ya un don de pura liberalidad, sino más bien una recompensa justificada. Y así dice el Apóstol: «La corona de justicia que en ese día el Señor justo Juez me dará.» ² El que se aleja de Dios por el pecado, pierde tantas coronas de gloria en la eternidad, cuantas buenas obras pierde. ¿Es posible encontrar mayor pérdida y disipación?

¹ Postquam consummasset omnia, cepit egere. Luc. XV, 14.

² Corona justitiæ quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex. II Tim. IV, 8.

3.—La pobreza obligó al hijo pródigo á buscar un amo, y colocarse como criado en la casa de un rico avaro, que no le daba un salario suficiente para vivir. Un joven nacido de una familia opulenta, educado y servido con magnificencia en su casa, se ve reducido, fuera de ella, á servir á un amo cruel! He aquí la suerte de toda alma que abandona á Dios: se ve obligada á servir al demonio, enemigo jurado del género humano; y de hija de Dios viene á ser esclava de Satanás. El profeta Jeremías en sus lamentaciones llora sobre tan grande transformación; la llora bajo la alegoría de Jerusalén, que siendo primero Capital de provincias y de reinos, llegó á ser después esclava y cautiva del vencedor caldeo: «¿Cómo está sentada, y solitaria la ciudad llena de pueblo? Ha quedado como viuda; la señora de las naciones, la reina de las provincias se ha convertido en tributaria!» ¹

4.—El amo del hijo pródigo lo empleó en llevar á apacentar un rebaño de viles animales. ¡A qué oficio tan bajo se ve reducido un joven de tan alto nacimiento! Se emplea en la más sórdida, en la más abyecta de todas las ocupaciones. Tal es, justamente la miseria de aquel que se entrega al pecado: su ocupación es satisfacer brutales inclinaciones, siempre ávidas, siempre insaciables: y mucho más, llega á hacerse él mismo, bestial, no porque guarda bestias inmundas, sino porque no vive ya como hombre; pues renunciando á conducirse según los principios de la razón, vive como las bestias y se deja arrebatar por el fuego de las pasiones. He aquí por qué en la Santa Escritura se llama al pecador, ya con el nombre de una bestia, ya con el nombre de otra: y por esto debemos saber, que el hombre, aunque es ser racional reúne en sí muchos malos instintos. Para señalar el desorden de sus manos, la Escritura le llama *caballo*: «Estos son caballos indómitos y furiosos.» ² Para decir de la malignidad de su veneno, le llama *víbora*: «Raza de víboras.» ³

¹ Quomodo sedet sola civitas plena populo: facta est quasi vidua domina gentium: princeps provinciarum facta est sub tributo. *Thren.* I, 1.

² Equi amatores et emissarii facti sunt, Jer. V, 8.

³ Progenies viperarum. *Matth.* III, 7.

Para indicar la astucia y el disimulo de sus traiciones, le llama *escorpión*: «Y vosotros habitais con los escorpiones.»¹ Caracteriza su insaciable ambición, viendo en él un *león*: «Como el león presto á saltar sobre su presa.»² Sus juicios insensatos lo hacen compararse á la *bestia de carga*: «Se ha asemejado á las bestias de carga.»³ El desenfreno de su lujuria le hace asemejarse al *cerdo*: «La cochina lavada se ha revolcado en el lodazal.»⁴ Durante siete años, Nabucodonosor vivió con el exterior de una bestia, en castigo de sus pecados: en el interior había sido este príncipe una bestia todavía peor; porque Daniel lo vió en la figura de un monstruo de dos naturalezas; de una águila para denotar su rapacidad, y de un león para indicar su fiereza. Tal es la miseria de un pecador que se reduce á la condición de las bestias.

5.—El hijo pródigo convertido en guardador de viles animales, no tenía otro salario que las bellotas arrancadas á la voracidad de su inmundó rebaño:⁵ y aun este alimento era en tan corta cantidad que se moría de hambre.⁶ He aquí una pintura que expresa á lo vivo la miseria de todo aquel que se ha entregado á sus brutales pasiones: jamás está contento; en vano se alimenta con tan vil manjar; pues su hambre se aumenta sin cesar, y acaba por carecer aun de los frutos que los animales silvestres comen en abundancia. Tal vez habreis comprendido por la experiencia esta verdad: un corazón hecho para Dios, no puede saciarse ni encontrar descanso fuera de Dios. Solamente en la voluntad de Dios, y en la sumisión á las órdenes divinas, encontrareis el bien verdadero. «El pecado hace á los pueblos despreciables.»⁷

¹ Et cum scorpionibus habitas, *Ezech.* II, 6.

² Sicut les paratus ad prædam. *Psal.* XVI, 12.

³ Comparatus est jumentis insipientibus. *Ps.* XLVIII, 13.

⁴ Sus lota in volutabro luti. *II. Pet.* II, 22.

⁵ Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant et nemo illi dabat. *Luc.* XV, 16.

⁶ Ego hic fame pereó. *Luc.* XV, 17.

⁷ Miseros facit populos peccatum. *Prov.* XIV, 34.

III

Considerad ahora la felicidad del hijo pródigo: examinad con atención de dónde proviene y á dónde le conduce.

I.—Los principios de esta felicidad fueron tres miradas: dirigió la primera á sí mismo y á su miseria. «Y volviendo en sí, dijo: aquí me muero de hambre.»¹ Vuelve en sí; reflexiona, y reconoce su triste estado: la desgracia le vuelve á poner en el buen camino.² Volved vos también, si el pecado ó alguna pasión indomable os han hecho salir de él: pensad en vuestra miseria y decíos á vos mismo: «¿Es posible que yo «he de vivir siempre inquieto, siempre hambriento, siempre «esclavo de mis apetitos desordenados, y tal vez siempre en «peligro de condenación eterna? Ya en fin, es tiempo de sacudir la cadena que me tiene atado y de ser dueño de mí «mismo.»

La segunda mirada del hijo pródigo se dirige á los criados de la casa paterna. «¡Cuántos mercenarios en la casa de mi padre tienen pan en abundancia!»³ Y yo soy bastante loco para querer estar peor que ellos! Haced la misma reflexión: cuántos seglares, á quienes conoceis muy bien, que viven en la Iglesia de Dios, dan mejores ejemplos, y por consiguiente, tienen más satisfacción de corazón que la que vos teneis en vuestro estado eclesiástico; pues aunque están colocados en un grado inferior, son colmados de los consuelos celestiales, porque aman á Dios y observan sus mandamientos. Animaos pues, si no á aventajarlos, por lo menos á imitarlos: decid con San Agustín: «¿No podrás tú hacer lo que aquellos y aquellas han hecho?»⁴

La tercera mirada del hijo pródigo tuvo por objeto la bon-

¹ In se reversus dixit, hic fame pereó. *Luc.* XV, 17.

² Vexatio dat intellectum. *Isa.* XXVIII, 19.

³ Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus. *Luc.* XV, 17.

⁴ Quod isti et istæ, tu non poteris.

dad de su padre. «Iré á mi padre. ¹ » Trajo á la memoria el afecto paternal que antes de su partida de la casa, tantas veces le había colmado de caricias; y conmovido por estos recuerdos, resolvió volverse al lado de su padre: esperó volver á encontrar en él un corazón de padre, aunque él hubiese perdido el carácter de hijo. Vos, también, volved vuestros pensamientos hacia la bondad infinita de vuestro Padre celestial, bondad mucho más grande que la del padre del pródigo; pues éste no hizo nada para encontrar ni para hacer volver á su lado á su hijo perdido. No le llamó, ni corrió tras él, ni mandó buscarle; y si le acogió afectuosamente á su vuelta, no se leé que le haya perdonado sus faltas más de una vez. Mas vuestro Padre celestial, ¿qué no ha hecho, qué no ha padecido en su carne mortal para recobraros? Os ha llamado más de una vez por las iluminaciones interiores del espíritu y por las inspiraciones del corazón: ha corrido tras de vos, como un pastor que va en busca de la oveja extraviada: os ha enviado sus mensajeros, es decir, sus ministros evangélicos. Muchas veces habeis ya experimentado las delicadezas de su corazón porque muchas veces habeis experimentado los efectos de su condescendencia en perdonaros. Debeis pues decir vos con mucha más razón: «*Surgam.*» Sí, sacudiré mi tibieza, mi negligencia. «Me levantaré é iré á mi padre y le diré: Padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos. ² »

2.—Bajo la impresión de estas reflexiones, vuelve el hijo pródigo á su casa. Él se habría contentado con ser admitido entre los criados, y su padre le concede más de lo que pide. En primer lugar, no lo regaña ni lo reprende, ni le hace ningún reproche por no haber vuelto á su casa, sino obligado por el hambre; no le dice que merecía no ser recibido por su padre, nó, nó; apenas lo vió á lo lejos, cuando movido de compasión corre á su encuentro, se arroja á su cuello y lo abraza afectuosamente. Manda que sin tardanza se le vista

¹ Ibo ad patrem meum, Luc. XV, 18.

² Surgam et ibo ad Patrem meum et dicam ei: Pater peccavi in cœlum et coram te, Luc. XV, 17.

con un vestido digno de su rango, que se le ponga en el dedo el anillo, y se le ponga un calzado: que se mate el becerro más gordo, y en medio de los cantos y la música se celebre un suntuoso festín. La razón de toda esta alegría no es otra que la dicha de haber encontrado al hijo perdido. ¡Oh qué padre tan amante para con un hijo tan ingrato! Mas, ¿no es mucho mayor la ternura de Dios para con un pecador arrepentido? Este padre amoroso le mira con ojos benévolos cuando vuelve á sus pies, y no le reprocha sus faltas: al acoger Jesús á los pecadores penitentes, nunca les echa en cara sus pecados. ¿Acaso reprochó á Pedro sus perjuros, á Zaqueo sus usuras, y á Magdalena sus desórdenes? «Les perdona todo sin hacerles ningún reproche para que no se vean llenos de confusión. ¹ » Y como por el hijo pródigo quedó como olvidado su hermano, así los pecadores arrepentidos pasan muchas veces antes de los justos. Así San Pedro fue puesto de superior de los demás apóstoles, y Magdalena fué antes que las Marías. El pecador arrepentido adquiere de nuevo la gracia del Padre, su filiación, el traje de la inocencia perdida, la ternura de la devoción, el anillo del amor de Dios, los hábitos sobrenaturales de la virtud, la Mesa eucarística que se prepara para su vuelta, el ósculo del crucifijo que le esperaba con los brazos abiertos. Y como si todo fuese mas bien ventaja para Dios que para nuestro provecho, el paraíso se adorna y se pone de fiesta cuando un pecador deja el pecado y contrito de corazón vuelve á su Dios: «Habrà grande alegría en el cielo por un solo pecador que hace penitencia. ² » Si estos excesos de bondad no os hablan al corazón, sois más duro que una roca. Decid al Señor que no mereceis sus caricias, que os basta el ser admitido en el número de los que le sirven en el sacrificio, en las penas, como conviene á los verdaderos penitentes. «No soy digno de ser llamado hijo vuestro; tratadme como uno

¹ Su de toto indulget, ut nec confundato improperando. August. de dilect. capit. 12.

² Gaudium erit in cœlo super uno peccatore poenitentiam agente. Luc. XV, 7.

de vuestros mercenarios. ¹ » Decidle que la alegría que muestra al recibiros, endulza demasiado la amargura de vuestro arrepentimiento, y al mismo tiempo causándoos un pesar más amargo de haber ofendido á un padre tan bueno. Decidle que os pesa haberle abandonado, solamente por el disgusto que le ha causado haberos perdido: pedidle que os dé su paternal bendición, y prometed vivir para él y con él hasta el último suspiro.

Propitiare Domine supplicationibus nostris, et animarum nostrarum medere languoribus. ut remissione peccatorum percepta, in tua semper paterna benedictione letemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum, etc.

LECTURA. Imit. I, 6, 21, 22; III. 33.

XII MEDITACION

Sobre los dos estandartes.

SEXTO DÍA.

Todo viajero que conoce poco el camino que al través de mil peligros y mil dificultades debe conducirlo á su patria, se provee de un guía á fin de no engañarse. El Verbo encarnado de quien está escrito: «Yo le doy por señor y por jefe á las naciones, ² « nos ha sido dado por guía por maestro; él nos mostrará el camino seguro de la salvación y de la perfección. Para animarse á seguir un guía tan fiel y á caminar por sus huellas, es bueno servirse de esta meditación, que es la que abre los *Ejercicios* de la vida iluminativa que dispone á la perfecta caridad, así como las meditaciones pre-

¹ Non sum dignus vocari filius tuus, fac me sicut unum de mercenariis tuis. Luc. XV, 19.

² Dedi eum ducem et præceptorem gentibus. Is. LV, 4.

cedentes pertenecen á la vía purgativa, que hace desaparecer los obstáculos para la salvación.

ORACIÓN PREPARATORIA.

I. *Preludio*.—Representaos al Redentor, en una campiña agradable, cerca de Jerusalén, con un exterior amable, enviando á los apóstoles por todo el mundo con orden de alistar soldados á su servicio, bajo el estandarte de la cruz. Representaos en seguida á Lucifer, cerca de los muros de Babilonia, con un aspecto terrible; y envía á su vez á los demonios por todo el mundo para alistar gentes á su servicio, bajo las insignias de la media luna, que es símbolo de la inconstancia y de la infidelidad.

2. *Preludio*.—Pedid la gracia de escuchar el llamamiento de Cristo y seguirlo; y por el contrario, cerrar los oídos y rechazar las sugerencias de satanás: con este doble fin repetiréis muchas veces durante el día las oraciones jaculatorias siguientes: «Hacedme conocer el camino que debo seguir. ¹ » Yo os seguiré, Señor, por todas partes donde vays. ² » «Renuncio á Satanás, á todas sus obras y á todas sus pompas. ³ »

La meditación comprenderá estos tres puntos: 1º, caracteres de los llamamientos hechos por Jesucristo y por el demonio; 2º, motivos para seguir á Jesucristo y no seguir al demonio; 3º, variedad de las personas que pretenden seguir á Jesucristo, pero no le siguen sino imperfectamente.

I

Considerad los llamamientos que os hace Jesucristo, y los que por su parte os hace también el demonio; y no se puede seguir á los dos á la vez.

¹ Notam fac mihi, viam in qua ambulem. Ps. CXLII, 8.

² Sequar te Domine cuocumque ieris. Matth. VIII, 19.

³ Abrenuntio satanæ et omnibus operibus ejus et omnibus pompis ejus. Ritual. Rom. de Sacr. Bapt